

represivo, fraguado por los gobernadores de los Estados y por los Jefes Políticos y Militares en todo el territorio nacional, todos ellos seriamente comprometidos con don Porfirio a quien le debían su designación. La prensa independiente denunció que las elecciones se habían llevado a cabo en un clima de terror. A pesar de eso el Congreso de la Unión el 4 de octubre de ese mismo año declaró electos presidente y vicepresidente a don Porfirio Díaz y a Ramón Corral, respectivamente, para el período constitucional de 1910 a 1916.

Madero logró fugarse de la prisión de San Luis Potosí, y se fue a refugiar a San Antonio, Texas, donde elaboró y dió a conocer su trascendental Plan de San Luis en el que hace una denuncia pública de las consecuencias nefastas de la dictadura porfirista, así como la infame farsa electoral basada en la represión y en la descalificación de los contrarios con la que el presidente Díaz quiso barnizar democráticamente su avidez de continuar en el poder durante seis años más. Las principales propuestas fueron las siguientes: Declarar nulas las elecciones de referencia; desconocer el gobierno tiránico de Díaz y demás autoridades designadas por él; restitución de la tierra de la que fueron despojados los pequeños propietarios, principalmente los indígenas, por la Ley de Terrenos Baldíos; declarar Ley Suprema de la República el principio de la No Reección. Para ese efecto, en el propio Plan se establece que Madero asume de inmediato el carácter de Presidente Provisional de la República con las facultades necesarias para hacer la guerra al gobierno usurpador de Porfirio Díaz, por lo que se convoca a todos los ciudadanos del país a tomar las armas para arrojar del poder a todas las autoridades de dicho régimen, cuyo movimiento tendría inicio el 20 de noviembre de 1910 a las seis de la tarde en todo el territorio nacional. También hizo mención de algunas prevenciones de guerra y terminó recordando la frase del dictador Tuxtepeño cuando en el Plan de la Noria justificó el movimiento armado diciendo: "Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder y ésta será la última revolución". Este documento salió a la luz pública el día 5 de octubre de ese mismo año.

Para ese tiempo ya se habían presentado varios intentos de pronunciamiento con violencia en diversos Estados del país; la clase estudiantil de la ciudad de México y otras capitales, habían mostrado tumultuariamente su protesta por la actitud tiránica y fraudulenta del gobierno porfirista en los comicios. Se palpaba en el ambiente que el pueblo estaba punto de estallar; había brotes de inconformidad en las calles, en las escuelas, en los centros de trabajo y principalmente en el área rural. Las esplendorosas fiestas del Centenario de la Independencia organizadas con gran boato por don Porfirio, a las que asistieron delegaciones diplomáticas de las más importantes naciones del mundo, no lograron reconciliar el malestar del pueblo con el régimen.

Dos días antes de la fecha anunciada para el levantamiento revolucionario una denuncia anónima provocó que se ordenara en Puebla un cateo en la casa de la familia Serdán donde se sospechaba había un arsenal. Con ese motivo hubo un tiroteo con la policía resultando muerto Aquiles y apresada su hermana Carmen, quien también participó valientemente en el enfrentamiento. Estas fueron las primeras víctimas de la etapa revolucionaria.

No obstante que el Plan de San Luis había determinado que el 20 de noviembre, a partir de las seis de la tarde, se iniciaría el movimiento armado en toda la República, Madero no llevó a cabo ninguna actividad concreta para sincronizar las acciones, inclusive, su plan de ingresar al país precisamente en esa fecha para acaudillar la revolución fracasó porque su tío don Catarino Benavides, que le había asegurado tomar Piedras Negras al frente de trescientos hombres, para que por allí se internara al territorio nacional, no había podido reunir ni siquiera quince individuos, lo que dió al traste con ese propósito, de tal suerte que don Francisco no pudo volver al suelo mexicano hasta el mes de febrero de 1911.

El único personaje que cumplió la orden de Madero de tomar las armas el 20 de noviembre fue don Abraham González en Chihuahua, quien acompañado de Pascual Orozco, Francisco Villa, Máximo Castillo, Guillermo Baca y José de la Luz Soto, se levantaron en la región de Ojinaga y después tomaron ciudad Guerrero y Parral; posteriormente lo hicieron Ambrosio Figueroa en Guerrero; Emiliano Zapata en Morelos, Cándido Aguilar en Veracruz, Antonio I. Villarreal en Nuevo León, Luis Moya en Zacatecas, Martín Triana en Coahuila, en Sonora Jesús Rascón, en Durango los hermanos Arrieta, en Tamaulipas Alberto Carrera Torres; en fin, en poco tiempo el incendio revolucionario se propagó en todo el país, al grado de que para el mes de abril de 1911 resultaba inevitable la derrota de la dictadura. La toma de ciudad Juárez habría de determinar prácticamente el triunfo de esa primera etapa de la revolución. Don Porfirio resolvió mandar negociadores para buscar una solución al conflicto y precisamente en esa ciudad fronteriza se llevaron a cabo las pláticas que culminarían con el histórico Tratado de Ciudad Juárez celebrado el 21 de mayo, en el que se acordó que el general Porfirio renunciaría a la Presidencia de la República y Ramón Corral a la vicepresidencia, quedándose interinamente al frente del Poder Ejecutivo de la Nación, por Ministerio de Ley, el Secretario de Relaciones Exteriores don Francisco León de la Barra, quien debería convocar de inmediato a elecciones generales para cubrir dichos puestos. Uno de los puntos acordados, que causarían gran malestar en las filas maderistas, fue el que decía lo siguiente: "Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del gobierno del general Díaz y las de la Revolución, debiendo ÉSTAS SER LICENCIADAS a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la paz y el orden público".

Como resultado de ese pacto el anciano Presidente presentó su renuncia ante el Congreso de la Unión el día 25 de mayo de 1911 en los siguientes términos: "El pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacional, que me secundó en todas las obras emprendidas para robustecer la industria y el comercio de la República, fundar su crédito, rodearla de respeto internacional y darle puesto decoroso entre las naciones amigas; ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo, es la causa de su insurrección. No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; pero permitiendo sin conceder, que puedo ser un culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí la persona menos a propósito para reaccionar y decidir sobre mi culpabilidad. En tal

concepto, respetando, como siempre he respetado, la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución federal, vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir el encargo de Presidente Constitucional de la República, con que me honró el voto nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la Nación, derrochando su riqueza, segando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales. Espero que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio concienzudo y comprobado haga surgir en la conciencia nacional, un juicio correcto que me permita morir llevando en el fondo del alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas". El día 31 de ese mes de mayo don Porfirio, acompañado de su esposa y algunas otras personas se embarcó en Veracruz en el vapor alemán "Ipiranga", rumbo a Europa.

Al tomar posesión como Presidente interino Francisco León de la Barra, que indudablemente seguía representando los intereses del Antiguo Régimen, se manifestaron abiertamente las primeras rupturas en el seno de la familia revolucionaria. La mayoría de los cabecillas del movimiento insurgente habían tratado de convencer a Madero de que no firmara ningún tratado con los representantes de don Porfirio, pues percibían el inminente triunfo de la revolución. Don Venustiano Carranza, que luego tendría una prominente actuación, fue uno de los más definidos opositores de esa negociación, expresando: "¡REVOLUCIÓN QUE TRANSA ES REVOLUCIÓN PERDIDA! Las grandes victorias sociales sólo se llevan a cabo por medio de victorias decisivas. Si nosotros no aprovechamos la oportunidad de entrar en México al frente de cien mil hombres y pretendemos encausar la reforma por la senda de una ficticia legalidad, pronto perderemos nuestro prestigio y reaccionarán los amigos de la dictadura. Las revoluciones para triunfar de un modo definitivo, necesitan ser implacables. ¿Qué ganaremos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarán sus amigos en el poder, quedará el sistema corrompido que hoy combatimos; el interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura; el pueblo nos maldecirá porque por ahorrar una cuantas gotas de sangre culpable, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios. Lo repito: ¡La revolución que transa se suicida!"¹

¡Y Madero la transigió! León de la Barra, durante su interinato, se dió habilidades para consolidar los intereses de la oligarquía que había medrado a la sombra de don Porfirio, mientras que los revolucionarios veían con desencanto como se iban esfumando las esperanzas de una verdadera transformación social que sepultara para siempre las injustas estructuras de la dictadura.

Lo peor de todo fue que Madero estuviera de acuerdo en "licenciar" a las tropas revolucionarias, y dejar al ejército federal como guardián de las instituciones ¿Qué acaso no habían sido los "pelones" quienes habían combatido contra la revolución? ¿Por qué deshacerse de quienes lo habían llevado al triunfo y ponerse en manos de los enemigos? Este fue el más grande error de Madero, que a la postre le costaría la vida.

1 Crónica de la Revolución Mexicana. Roberto Blanco Moheno. Pág. 23. 1965.

Por supuesto que en esos días las simpatías del pueblo mexicano hacia don Francisco I. Madero estaban en su más alto nivel. David había derrotado a Goliat. Todo mundo quería conocer al hombre que había sido capaz de vencer al "gran dictador". El recorrido que tuvo que hacer en ferrocarril desde la frontera Norte hasta la ciudad de México, fue verdaderamente indescriptible. Nunca antes visto en nuestro país. En todo el trayecto se agolpaban hombres, mujeres y niños al lado de las vías férreas para verlo pasar. En las estaciones la gente se atropellaba para saludarlo. Su llegada a la capital fue la apoteosis; el pueblo entero se echó a la calle para vitorear al caudillo de la revolución; se agitaban banderas, se lanzaban flores; por doquier se oían gritos de entusiasmo y también lágrimas de emoción. Renacía en el pueblo la esperanza y lo demostraba con expresiones de alegría.

Las simpatías populares hacia Madero se confirmaron en las elecciones de octubre de 1911, pero la labor subrepticia contrarrevolucionaria que había hecho De la Barra empezaba a dar resultados. En esos días se organizó políticamente el Partido Católico Nacional -que no era otro que el antiguo partido conservador resucitado- y postularon precisamente a Francisco León de la Barra como candidato a la vicepresidencia al lado de Madero. Por su parte el antiguo partido Antirreleccionista donde militaban los verdaderos maderistas se transformó en el nuevo Partido Constitucional Progresista y postuló a Madero y a José María Pino Suárez para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente. La escisión hacia el interior de la familia revolucionaria empezó a manifestarse cuando una facción de este partido registró a Francisco Vázquez Gómez como fórmula vicepresidencial de Madero.

Sobre este aspecto Alan Knigth en su libro "La Revolución Mexicana" dice: "Las elecciones presidenciales fueron pacíficas e incuestionablemente una de las más limpias, entusiastas y democráticas en la Historia de México . . . Cuando los electores se reunieron, ya que la votación fue indirecta, Madero fue declarado triunfador por un amplio margen (98%), tal como todos esperaban, mientras que el voto por la vicepresidencia reflejó las divisiones entre maderistas y católicos, y dentro de las propias filas maderistas; fue un indicador real del clima político: Pino Suárez obtuvo un 53% de los votos; De la Barra, 29%; Vázquez Gómez, 17%".¹

Durante la dictadura porfirista el clero había gozado de toda clase de privilegios, gracias a la política "conciliatoria" del Presidente Díaz, y no obstante que seguían vigentes las Leyes de Reforma incluidas en la Constitución de 1857, se tomó el cómodo camino del "disimulo", de tal suerte que las actitudes clericales que tanto habían combatido los liberales juaristas, se habían enseñoreado de nuevo en el ámbito de la sociedad mexicana y volvían a utilizar los templos como barricada política. Vera Estañol en su obra "La Revolución Mexicana" menciona que en las Iglesias, en los sermones, se hizo propaganda por De la Barra y que en algunos lugares controlados por los curas se colocaron sobre las urnas electorales una leyenda que decía: "Aquí se vota por Dios".² El porcentaje de votos obtenidos por De la Barra, aún cuando fue inferior al de Pino Suárez, demostró el renacimiento de las tendencias conservadoras que habían sido derrotadas antes del porfirismo.

1 Ob. cit. Pág. 307. Grijalvo. 1986.

2 Cit. por Alan Knigth. Pág. 306. Grijalvo. 1986.

Los conservadores, que anhelaban el regreso de las estructuras del Antiguo Régimen, hacían resaltar de diversas maneras, insolentes comparaciones entre la vigorosa personalidad de don Porfirio y la "masedumbre ineficaz" de Madero, unidos al partido católico y acaudillados por personajes que habían sido gente prominente en el porfirismo, como era el caso de Félix Díaz, sobrino del dictador y del mismo Bernardo Reyes que había regresado recientemente al país, empezaron a conspirar contra el Presidente. En su búsqueda por sumar conspiradores encontraron uno, que sería de gran importancia para su causa: Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos.

Por otra parte, Madero estaba siendo víctima de la deslealtad de sus antiguos compañeros: Los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez que se habían convertido en sus peores enemigos por no haber aceptado al primero como vicepresidente. Al mismo tiempo, en el Norte se había sublevado Pascual Orozco y en el Sur, Emiliano Zapata. Ambos coincidían en que Madero había traicionado su propio Plan de San Luis, pues no había dictado ninguna medida de política agraria.

En medio de una inquietud general, que se agravaba con la política "suave" e indecisa de Madero, el fantasma de un inminente golpe de Estado empezó a generar todo tipo de desconfianza y temores. En la Cámara de Diputados, el famoso "cuadrilátero", formado por los notables oradores Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Querido Moheno y Francisco M. de Olaguibel, de tendencias abiertamente conservadoras y que luego se integrarían al gabinete de Victoriano Huerta, combatían desde la tribuna del Congreso la política maderista y apuntaban la necesidad de que el Presidente renunciara por el bien de la Patria.

En la mañana del día 9 de febrero de 1913, con la sublevación de los generales Manuel Mondragón y Gabriel Ruiz, siguiendo instrucciones de Félix Díaz y Bernardo Reyes, se inició lo que en la historia de la Revolución Mexicana se conoce como "La Decena Trágica". El primer acto que llevaron a cabo los sublevados fue el de liberar a sus jefes Díaz y Reyes que se encontraban presos y de inmediato se dirigieron a tomar el Palacio Nacional; don Bernardo, creyendo que la guardia que custodiaba la puerta del palacio estaba negociada, a galope de caballo se avalanzó hacia ella, cayendo muerto atravesado por las balas de los guardias que permanecían fieles a Madero.

El general Lauro del Villar encargado de defender la plaza, logró rechazar la embestida de los rebeldes que se retiraron a refugiarse en La Ciudadela, pero quedó seriamente herido en la batalla. Madero lo sustituyó en el cargo con el general Victoriano Huerta, cometiendo, al hacerlo, su más trágico error. No conocía el espíritu criminal, ambicioso y traicionero de aquel hombre a quien confió la suerte de las instituciones nacionales y la de su propia vida.

Huerta entró en pláticas con Félix Díaz, teniendo como intermediario al embajador Lane Wilson, y juntos fraguaron la más vil traición de la etapa revolucionaria. Después de algunas escaramuzas en las que aparentaba ser el más decidido defensor de Madero, para seguir ganándose su confianza, el 18 de febrero Huerta invitó a comer

a Gustavo Madero, hermano del presidente, y a otras personas más, al lujoso restaurant capitalino Gambrinus, y a esa misma hora -la una de la tarde- el general Aurelio Blanquet, segundo de a bordo de Huerta, tomaba prisioneros en el Palacio Nacional a don Francisco I. Madero y a don José María Pino Suárez. Una vez que Huerta fue informado de que la operación había tenido éxito, allí mismo, en Gambrinus, ordenó la detención de don Gustavo Madero, quien ese mismo día fue llevado preso a la Ciudadela y en la noche fue linchado, con brutales excesos de crueldad, por las tropas felicistas.

Inmediatamente Huerta informó al embajador de los Estados Unidos y luego a la prensa, que con el apoyo del ejército nacional había derrocado a Madero, por lo que a partir de ese momento reinarían en México la paz y la prosperidad, para cuyo efecto había asumido provisionalmente el ejercicio del Poder Ejecutivo. Tal proceder molestó, por supuesto, a Félix Díaz, que se consideraba con mejores derechos para ello, pero nuevamente intervino Lane Wilson y por medio de un convenio que se celebró en la propia sede de la embajada, por lo que se le conoce como "Pacto de la Embajada", acordaron que Huerta quedara como Presidente y Díaz sería el próximo candidato presidencial, con todas las probabilidades de triunfo. Hasta después conocería Díaz el grado de perversidad de Huerta.

Obtenidas las renuncias de Madero y Pino Suárez bajo la promesa de respetar sus vidas y favorecer su salida del territorio nacional juntos con sus familias, el Congreso designó a Pedro Lascurain como Presidente, por ministerio de ley, toda vez que era Ministro de Relaciones Exteriores. Este personaje que ha quedado incluido en uno de los capítulos más ridículos de la historia de México, sólo fue presidente durante 45 minutos, el tiempo suficiente para cumplir la consigna de nombrar a Huerta Ministro de Gobernación, y luego renunciar, para que éste ascendiera a la presidencia, también, por Ministerio de Ley.

La noche del 22 de febrero, Madero y Pino Suárez, a bordo de dos autos de alquiler fueron trasladados del Palacio Nacional a la penitenciaría del Distrito Federal escoltados por el cabo de rurales Francisco Cárdenas y el teniente Rafael Pimienta. La comitiva se detuvo frente a un muro lateral de la penitenciaría. Se apagaron las luces de la prisión. A estrujones bajaron de los vehículos a los presos y con sendos balazos en la nuca los asesinaron. Luego balacearon los autos para que el gobierno pudiera comunicar que los prisioneros habían muerto cuando un grupo de maderistas intentaron liberarlos. Nadie, por supuesto, creyó esa versión. Madero había pagado con su vida el terrible error de licenciar las tropas revolucionarias y ponerse en manos del ejército federal.

Aquel saldo sangriento dejó marcado a Huerta para siempre como "el chacal de la revolución"; en cambio a Madero, la conciencia nacional lo elevó al rango glorioso de "Apóstol y mártir de la democracia". El reclamo de justicia ante su atroz asesinato, unió al pueblo mexicano en una cruzada de venganza que arrasó con todas las fuerzas que sustentaban al presidente usurpador. Fue un movimiento más violento que el que se había generado contra Porfirio Díaz, porque había mucha ira, no sólo contra el presidente asesino, sino también contra la élite militar que había traicionado

a Madero. ¡Los malditos pelones! Allí comenzó la verdadera revolución social mexicana, porque no sólo se combatió para derrocar a un hombre, sino para derrumbar de nuevo muchas oligarquías reaccionarias que habían vuelto a florecer durante la dictadura y esperaban fortalecerse con Victoriano Huerta. Las clases altas, que constituían la aristocracia mexicana recibieron con beneplácito el golpe de Estado; sentían nostalgia por el porfirismo y creían que Huerta era capaz de resucitarlo: "Es la mano dura -decían- que justamente necesita el país".

Enardecidos por tan bárbaros asesinatos, los jefes revolucionarios -aún aquellos que se habían distanciado de Madero- resolvieron volver a la lucha para combatir a tan nefasto déspota que había usurpado el poder por medio de la traición y del crimen. Don Venustiano Carranza, gobernador del Estado de Coahuila, reunió en la Hacienda de Guadalupe a un grupo de jefes y oficiales con mando de tropa y suscribieron el Plan de ese mismo nombre, en el que desconocían a Victoriano Huerta como presidente de la República, así como a los Poderes Legislativo y Judicial de la Federación y a los gobernadores de los Estados que siguieran reconociendo a dichas autoridades treinta días después de publicado ese Plan. El ejército encargado de cumplirlo se llamaría "constitucionalista" y el Primer Jefe del mismo sería Venustiano Carranza, quien al ocupar la ciudad de México, se haría cargo del Poder Ejecutivo interinamente y convocaría a elecciones presidenciales tan luego como se restableciera la paz.

Este sería el grito de guerra de una nueva etapa de la revolución mexicana, que habría de ser más enconada y más sangrienta que la anterior. Entre los oficiales de Carranza que firmaron el Plan de Guadalupe, había dos jóvenes lugartenientes Lucio Blanco y Francisco J. Mújica. Blanco pasó a la historia como el primer revolucionario que repartió tierras a los campesinos al decretar la confiscación de la inmensa hacienda "Los Borregos" en Matamoros, Tamaulipas, propiedad de Félix Díaz. Mújica por su parte, habría de ser pocos años después quien propondría, con admirable entereza, en el Congreso de Querétaro, los avanzados principios que darían vida al Derecho Social Mexicano, consagrado en la Constitución de 1917. Pues bien, esos jóvenes, extremadamente idealistas, le manifestaron a Carranza su desilusión, pues el susodicho Plan no contenía propuestas sociales para el pueblo humilde, por lo que solicitaban se incluyeran, a manera de adiciones, algunas reformas de carácter económico y social, en particular, sobre el reparto agrario, abolición del peonaje y legislación laboral. El Primer Jefe enfrió su entusiasmo juvenil, explicándoles que el objetivo principal del Plan era tomar el poder y luego se plantearían las reformas pertinentes; "en cambio, -les dijo- si proponemos desde ahora un programa radical se dividiría la opinión pública y muchos de los que tienen algo que perder se sentirían amenazados y se pondrían en contra. ¿Quieren una guerra civil que dure dos años, o una que dure cinco?".¹

Don Venustiano, que había dicho en tono de reclamo a Madero "Revolución que se transa, se pierde", estaba transigiendo la revolución constitucionalista antes de empezarla, toda vez que el Plan de Guadalupe, al no presentar propuestas sociales,

¹ Alan Knight. Pág. 652. ob. cit.

resultaba más pobre que el Plan de San Luis; que el Plan de Ayala y aún que el de la Empacadora planteado por Pascual Orozco. Sin embargo, dadas las circunstancias, sirvió para integrar en una sola bandera las fuerzas revolucionarias que se levantaron en todo el territorio nacional contra el gobierno espurio de Huerta. En Sonora se pronunciaron Alvaro Obregón, Alcalde de Huatabampo, Plutarco Elías Calles, jefe de policía de Agua Prieta, Manuel M. Dieguez Presidente Municipal de Cananea, Juan Cabral, director de aduanas, el ex-gobernador Ignacio Pesqueira, Salvador Alvarado, Benjamín Hill y otros. En Chihuahua don Abraham González, Francisco Villa, Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Rodolfo Fierro y después se incorporó Felipe Ángeles. En Durango los hermanos Arrieta; en Zacatecas don Eulalio Gutiérrez, en el Noreste don Pablo González; en Veracruz, Cándido Aguilar y Heriberto Jara; en Morelos, Emiliano Zapata y en Guerrero, los hermanos Figueroa.

Integrados los grupos revolucionarios en la bandera del Plan de Guadalupe, don Venustiano distribuyó el mando de las tropas en la siguiente forma: Alvaro Obregón como jefe del ejército del noroeste; Francisco Villa, con su famosa División del Norte, a cargo del ejército del Centro, y don Pablo González al frente del ejército del Noreste. De inmediato se establecieron contactos de interrelación con Emiliano Zapata como jefe del ejército del Sur, y con los que iban apareciendo como caudillos de tropas antihuertistas en el Oriente, Poniente y Sureste del país.

Los importantes triunfos de Alvaro Obregón en toda la costa del Pacífico y particularmente en Orendáin dieron muestra de su genio militar y de que los ejércitos constitucionalistas tenían la disciplina y preparación suficiente para derrotar a las tropas federales de línea. Las lentas e inseguras actividades de Pablo González en el Noroeste sirvieron, al menos, para conservar ese territorio en manos carrancistas. Mas, lo que verdaderamente destruyó la fuerza real del ejército huertista fueron las rotundas derrotas que les infringió Francisco Villa en ciudad Juárez, Tierra Blanca, Torreón, Paredón y Zacatecas. En ciudad Juárez y Tierra Blanca el "centauro del Norte" derrotó a los federales con verdaderos golpes de audacia; en aquella asaltó un tren que conducía carbón, lo llenó de villistas, obligó a los telegrafistas de las estaciones por donde iba pasando a que informaran a la central de ciudad Juárez que todo estaba normal; de esa manera, a media noche, entró -como el caballo de Troya- el tren repleto de soldados villistas sorprendiendo a las tropas federales en pleno sueño, al mismo tiempo que la caballería atacaba desde afuera. En Tierra Blanca, una de las primeras batallas que enfrentó la división del Norte en terreno abierto, de nuevo Villa, aprovechando los antecedentes ferrocarrileros de Rodolfo Fierro, en el momento en que la lucha estaba en su punto más impetuoso y el resultado aún incierto, hizo uso del ardid de la "máquina loca", lanzando varios furgones cargados de dinamita por las vías que conducían a la retaguardia de las fuerzas federales. El estallido fue tan tremendo que causó entre ellas un pánico general que aprovecharon los revolucionarios para derrotarlos por completo.

Pero la batalla que realmente inició la debacle del régimen huertista fue la de Torreón. Allí se demostró que Villa tenía algo más que audacia de bandolero; si en Juárez y Tierra Blanca había triunfado por medio de engaños y ardid, en Torreón se enfrentó a un ejército de línea de cerca de 15,000 soldados, al mando de prestigiosos